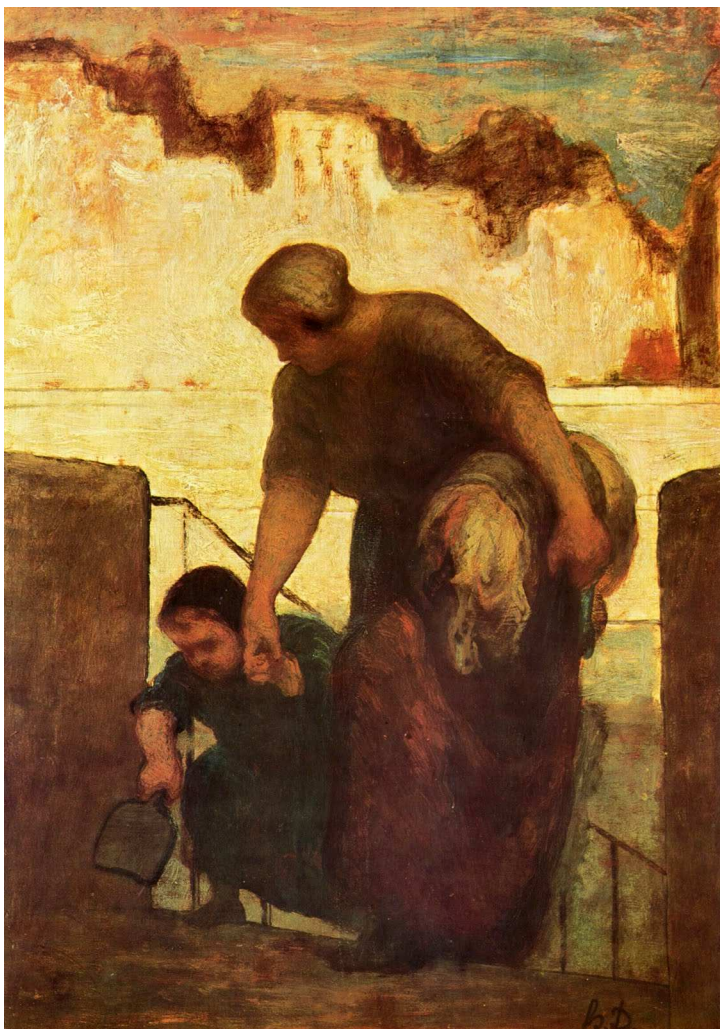


LA LAVANDERA DE DAUMIER -1863-



El estudio del cuadro de Honoré Daumier se trabaja estudiando el dibujo, la pincelada-el color, la luz, la composición, la perspectiva, así como el significado y el tratamiento del tema desde el siglo XVIII al siglo XX.

El dibujo lo utiliza Daumier para representar con maestría lo más esencial del tema; no obstante recurre al detallismo -paleta bien delineada que porta la niña- Lo común es que reduzca la figuración a un esbozo; muestra de ello son los edificios del fondo, cuyo perfil está simplemente esbozado, y el mismo cielo. Esta tendencia al esbozo no es nueva porque Goya ya la había adelantado unos cuantos años ante. Pone especial cuidado en las líneas curvas que dibujan los cuerpos de la niña y de la madre, para representar con la complexión de sus cuerpos por ejemplo, los gruesos brazos y las anchas espaldas de la madre- su vigor o fortaleza y a través de sus gestos o

movimientos -por ejemplo, la conjunción de las manos- su delicadeza.

Las pinceladas, parecen pequeñas, pero son pastosas, fórmula con la que Daumier refuerza el realismo de la representación, al darle corporeidad, hacerla más material. La paleta de colores en el primer plano viene definida por una gama oscura (grises y marrones sobre todo) en distintas tonalidades, aunque como contraste, y justamente para destacar más las figuras protagonistas del primer plano, utiliza el blanco en la mayor parte del fondo, salvo en el cielo, donde los ocres entreverados con el azul sugieren la presencia de nubes y la caída de la tarde.

La luz es un elemento fundamental en el cuadro, que refleja de forma extraordinaria un marcado contraluz: Al fondo, sobre el río y contra los edificios de la orilla más alejada, una luz natural, blanca, aunque algo pálida, apenas deja entrever la silueta de los edificios; en el primer plano, en la orilla más próxima, por el contrario, madre e hija emergen en la sombra. Hay otro marcado contraste en el fondo del cuadro, aunque de menor importancia en cuanto al mensaje del mismo: el que se produce entre la zona sobre la que incide la luz de lleno, por un lado, y la zona de sombra (en negro) que se proyecta tras los primeros edificios, más el cielo entreverado, por el otro lado.

La composición es simple. Sobre un fondo apenas delimitado, casi neutro, se destacan las figuras verticales de madre e hija, que aparecen enmarcadas por la "U" que dibuja la embocadura de las escaleras. Es una composición predominantemente vertical, dada la posición, en pie, de las dos personajes protagonistas, y la elevación de los edificios del fondo, pero matizada por líneas horizontales (acera del primer plano y cauce del río), en el centro de la escena, y oblicuas (barandilla, espaldas de madre e hija), lo que da dinamismo a la escena. La diagonal de la espalda de la madre y la de la niña son paralelas entre ellas, con las de la barandilla e incluso con la que describe el contorno de los edificios. Los fondos son casi planos, pero los volúmenes que interesa destacar al artista, los de madre e hija, están muy bien definidos mediante el dibujo y, sobre todo, gracias a los claroscuros y a las distintas tonalidades de los colores que emplea en su piel y, principalmente, en las vestimentas.

El cuadro respeta las leyes de la perspectiva: por un lado, hay proporción entre las figuras dentro del mismo plano, (madre-hija), y de los diferentes planos de profundidad (madre-niña-edificios) y por otro los cuerpos se desdibujan con la distancia, edificios del fondo. Otro ejemplo de dominio técnico es la representación de la verticalidad de la escalera, mediante la convergencia de la línea que marca el límite superior de la misma, el contacto con la acera, y con la más acusada línea diagonal de la barandilla.

El lienzo es una muestra del realismo pictórico porque plasma, sin idealización, una realidad objetiva y representa un hecho aparentemente banal, pero muy ilustrativo sobre la vida de las mujeres de las clases populares por ser parte de su vida cotidiana, en unos casos como madres de familia y en otros como trabajadoras al servicio de las clases pudientes.

La obra constituye una muestra significativa del humanismo de Daumier, de la sensibilidad con la que contempla la realidad de los humildes. A la niña, todavía de cortas piernas, se le hacen demasiado altos los escalones, por lo que sube con dificultad. La madre, con dulzura, concentra en ella el gesto e inclinada le ayuda con la mano; además, la madre muestra con su postura y actitud, fuerza y dignidad, pese al cansancio que, sin duda, arrastra después de sus tareas, dos rasgos que el pintor atribuye a las clases humildes. Finalmente refuerza la identidad entre madre e hija haciendo a la niña portadora de la pala con la que la madre golpea la ropa cuando lava.

Daumier es uno de los artistas que en el siglo XIX toman conciencia de la explotación y la miseria que padece el proletariado y dedica su obra a mostrar la dignidad y la fuerza de los humildes y a la denuncia social y política. En ese sentido, La Lavandera es un claro ejemplo de la identificación y del compromiso del artista con las clases populares. Esta obra fue objeto de estudio por pintores anteriores como Chardin "La Lavandera", Goya en el cartón para tapices "Las lavanderas del río Manzanares" y por artistas posteriores como Bodin, Monet, Sérusier que abordan el mismo tema; el mismo Daumier trabaja este tema en 1850. Otros pintores como Degas, Picasso reproducen en los lienzos el trabajo femenino tomando como referencia la plancha y Van Gogh la hilandera. Courbet con el cuadro Los picapedreros, Millet en Las espigadoras y Gustave Caillebotte en el cuadro Los acepilladores de parquet reflejan la preocupación por la temática de naturaleza social y no debe extrañarnos porque estamos inmersos en la forja del movimiento obrero como una consecuencia social y política de la Revolución Industrial.

Las lavanderas eran mujeres que realizan esta actividad por las casas junto con la costura, la plancha con el objetivo de sacar adelante a una familia numerosa que tenía unos exiguos ingresos. La novela autobiográfica del escritor Arturo Barea bajo el título "La forja de un rebelde" retrata a través de la palabra la profesión de la madre del protagonista: "Leonor, la lavandera". Ha mediados de la década de los años ochenta del siglo XX aún pervivían en Oviedo costureras que trabajaban en las viviendas del llamando ensanche ovetense, costeando ellas el pago de autónomas para poder disfrutar posteriormente de una jubilación.